

MAR PETRYK

EL

HAY SONRISAS

PECADOR

CAPACES

DE

DE MATAR

OXFORD

 Planeta

FELIZ ANIVERSARIO

La lluvia es un sollozo angustiado, las lágrimas golpean la ventana.
—¿Eric? —Sus ojos vuelven a mí—. ¿Puedo ver lo que dibujaste?

Mira los lápices de colores que dejé a su lado, sobre el sofá, y acaricia la hoja.

—¿Eric?

Su respiración se vuelve ligeramente pesada, la transpiración comienza a pegarle el cabello rubio a las sienes, su pie se mueve a un ritmo frenético.

—No... —masculla con voz grave.

—¿Eric? —hablo suave.

Inhala profundo y gira el cuello haciendo tronar sus huesos.

—¿Con quién estoy hablando?

—Joel.

Destapo la pluma que descansa entre mis dedos, la apoyo con firmeza sobre la libreta. Respiro con suavidad, intentando no pensar qué día es hoy. Tengo que concentrarme.

—¿Por qué estás tomando el mando, Joel?

Una risa fresca, un derroche de egocentrismo.

—¿Quiere a Eric más que a mí, doctora? —Tira la hoja y los lápices sobre la mesa de centro, se desabrocha algunos botones de la camisa y se deja caer sobre el respaldo.

—¿Algo te está molestando, Joel?

—Puf... —Suelta el aire, hace rodar sus ojos.

—Quiero que me digas qué te está molestando, Joel.

—Daniel.

—¿Daniel?

—Tiene que deshacerse de Betty.

Mi pluma traza un círculo alrededor de *Betty*.

—¿Deshacerse? ¿Cuál es el problema con Betty, Joel?

—Ella no nos entenderá.

—¿A quiénes?

—A todos. Va a dejarlo cuando conozca a cualquiera de nosotros y tendré que soportar las lágrimas del maricón. —La seriedad se adueña de su rostro—. A veces desearía que Daniel fuera más... fuerte. ¡Que me hiciera caso! Sé qué es lo mejor para nosotros. Lo sé.

Mis labios se abren, dejando escapar el aire apaciblemente. Afuera, la tormenta grita con fuerza, casi con tanta como aquella mente vulnerada entierra sus uñas en el sillón.

—¿Qué es lo mejor, Joel? ¿Qué es lo mejor para ustedes?

Un impulso violento dobla su cuerpo.

—¿Joel? —Imprimo calma en el tono de mi voz, en mi postura—. ¿Joel?

Abraza sus piernas y oculta la cabeza en ellas, meciéndose hacia delante y atrás.

—Mi cabeza... Mi cabeza duele muchísimo, doctora Brown. Ya no lo soporto.

—¿Eres tú, Daniel?

—Ya no lo soporto. Ya no lo soporto. Ya no lo soporto...



Troto, aunque estoy empapada. Me siento y cierro la puerta con furia.

—¿Qué le hizo la puerta, doctora?

Apoyo la cabeza en el respaldo, respiro por primera vez desde que amaneció.

—¿Un mal día?

Recobro la compostura, me siento derecha y abrocho el cinturón de seguridad.

—Una sesión intensa.

Pone el auto en marcha. El clima viste a juego con mi ánimo.

—¿Quieres contarme?

—Sabes que no puedo hablar de mis pacientes, Matt.

—¿Ni siquiera conmigo? —Me guiña un ojo zafiro—. En el cuerpo de policía estamos acostumbrados a la discreción, también es parte de nuestro trabajo.

—Podría contártelo si fuera una investigación y me llamaras como consultora, pero este no es el caso.

Sonríe, metiéndonos en el tránsito.

—Necesitas sacar toda esa tensión.

—Necesito llegar a casa, servirme una copa de vino y golpear mi saco de box por algunas horas.

—Iba a proponer algo donde el sudor fuera compartido...

—Hoy no, Matt. Hoy solo necesito entrenar un poco.

—¿Puedo ser espectador? Sabes cuánto me excita verte patear culos.

Niego. Miro por la ventana, la gente ajena a *esta* fecha; desearía tanto que solo fuera un día más en el calendario.

—Kalie, ¿es solo eso? ¿Solo un mal día? Puedes confiar en mí, lo sabes... ¿Kalie?

—Todo está bien, Matt. Nada que no pueda arreglarse con una buena noche de sueño.

El semáforo nos detiene, la visibilidad es menor a un kilómetro.

—Maldita niebla —masculla, limpiando el parabrisas.

—Odio la lluvia y los días nublados.

—Te mudaste a la ciudad equivocada, cielo.

—Me encanta Londres, solo... detesto la lluvia.

Costeamos Hyde Park y me preparo para bajar.

—¿Cenamos el viernes? —pregunta cuando estaciona frente al edificio donde vivo desde que soy Kalie. Kalie Brown.

—Déjame ver la agenda, te enviaré un mensaje.

Lo beso, tomo el maletín y abro la puerta.

—¿Beso en la mejilla? —Se inclina sobre el asiento del copiloto, dedicándome su sonrisa seductora—. ¿Hoy no hay nada más para mí?

Sonríe, siento cómo la lluvia pega la falda a mis piernas.

—Gracias por traerme, Matt. Descansa.

Maldigo a los estúpidos zapatos de taco aguja mientras corro bajo la tormenta, hasta que el calor del vestíbulo me recibe.

—Señorita Brown, ¿se olvidó el paraguas? —García, el conserje, pide el ascensor cuando me ve llegar. Es un cincuentón de la vieja escuela, caballero y atento.

—Esto pasa cuando sales de casa sin abrir la ventana primero.
—Me encojo de hombros cuando subo al elevador, me doy cuenta de que dejé un charco a cada paso.

—Buenas noches, señorita Brown. —Me sonrío y le devuelvo el gesto.

—Buenas noches, García.

Giro mi cuello mientras comienzo a subir, siento la tensión en cada movimiento. Bajo en el sexto piso, camino hasta el departamento B, abro las tres cerraduras y entro.

Enciendo un velador, ese que da la luz cálida que tanto me gusta.

Mis tacos suenan en el piso de madera hasta que los abandono de camino a la cocina. Me quito el traje empapado, anoto mentalmente llevarlo a la tintorería. Abro el aparador, saco una copa y aquella botella de vino argentino que reservo para días de mierda como este. Sirvo la copa hasta la mitad, a pesar de que sé que terminaré bebiendo del pico de ese cabernet sauvignon, cortesía del último viaje de mi hermano.

Camino descalza, en ropa interior y copa en mano. Me dejo caer sobre el sofá beige que domina la sala.

—Freud, mamá está en casa... ¿No vas a venir a recibirme? —Respiro silencio—. Gato gordo y antipático —susurro.

El elixir desaparece dejando mil demonios bailando en el borde de la copa.

Me levanto, dejo la copa sobre la mesa baja y camino hasta la habitación, el cuarto más grande del departamento. Freud está desparramado sobre mi cama.

—¿Un día muy duro? —Acaricio su pelaje gris y me responde con un ronroneo gustoso—. Voy a hacer un poco de ruido aquí, espero no molestarlo, señor Sigmund.

Enciendo el equipo de música, Rammstein comienza a sonar.

Ato mi cabello corto en una maraña de rulos rubios muy parecida a un moño bajo. Abro el armario, busco una calza y un corpiño deportivo, y me cambio. Encinto mis manos con paciencia y precisión, observo a Freud abandonarme. Es inteligente, sabe que vienen los gritos.

Camino hasta la bolsa de box, que cuelga del techo en una esquina de mi cuarto, y comienzo a golpear. Golpes cortos, calculados.

Siento la adrenalina en los músculos, el grito gestándose en mi garganta, nutriéndose de todos mis miedos.

Dos *uppercut*, una *low kick*, y estalla. Lo dejo salir y desgarrar mi garganta mientras golpeo esa bolsa una y otra vez con todo lo que fui, con todo lo que soy, hasta que mis nudillos duelen.

Una gota fría recorre mi espalda. Me dejo caer exhausta, deslizándome contra la pared, y me permito hacer lo que hago todos los diecisiete de junio, llorar hasta que el cuerpo diga basta.

Dejo el suelo cuando siento la nariz tan tapada que apenas puedo respirar. Apago la música, ya no necesito que amortigüe mis gritos.

Camino el pasillo a oscuras, llego a la cocina y me encariño con aquella botella quita penas.

Tres golpes secos suenan en el silencio.

Apoyo el vino sobre la isla mientras una extraña sensación me adormece el cuerpo. Este es el único departamento habitado del sexto piso. Nadie, jamás, toca mi puerta. Si García necesita algo, me lo comunica a través del portero eléctrico.

Lucho contra aquella emoción, atravieso la sala con pasos mudos. Freud me mira desde el sofá, atento a mis movimientos.

Observo por la mirilla de la puerta con el pulso latiéndome detrás de los oídos.

Nadie. No hay nadie.

Aguardo un instante con la mano aferrada al picaporte.

Silencio tenso y asfixiante.

Espero un poco más.

Abro.

Miro hacia los lados, el pasillo me devuelve la mirada vacía. Dejo escapar el aire que retuve sin darme cuenta. Estoy a punto de cerrar cuando lo veo. Un paquete. Una caja en el suelo.

Los dedos de mis pies se retuercen.

Levanto la caja, miro hacia los lados otra vez. Entro, cierro con llave y llevo el paquete a la cocina. Lo dejo sobre la mesa y me alejo. Lo observo a la distancia, pensando qué será, de quién será. Una idea fugaz llega a mi mente.

Frank, el joven músico del quinto piso, que no pierde oportunidad para buscarme conversación. Cuando el ascensor no funciona y bajo o subo por las escaleras, ahí está él. Cuando espero un taxi, ahí está él. Cuando lo cruzo en el vestíbulo, siempre intenta coquetear conmigo, sin importar mis amables rechazos.

Me acerco al portero eléctrico y aprieto el botón que me comunica directamente con el departamento de García.

—Diga —atiende con su tono afable de siempre.

—García, soy Kalie. Disculpe que lo moleste tan tarde, pero necesito hacerle una consulta —digo, sin dejar de mirar el paquete sobre la mesa.

—Señorita Brown, no es molestia. ¿Qué necesita?

—¿Alguien dejó un paquete para mí hoy? ¿De casualidad... usted acaba de dejarlo en mi puerta?

—No recibí ningún paquete hoy, señorita Brown. Solo cartas, y las reparto mañana.

Mi garganta se seca, mis ojos recorren la estancia.

—Gracias, García. Disculpe la molestia.

—Que descanse, señorita.

—Igualmente.

Me apoyo contra la pared sin dejar de observar la pequeña caja. Siguiendo el jodido impulso me acerco a la isla. Inspecciono el paquete a detalle. No hay tarjetas ni estampillas, nada. Solo una caja de cartón. La llevo a mi oído, nada suena dentro. La muevo un poco, pero es tan liviana que parece estar vacía.

Inhalo profundo y, a pesar del temblor de mis manos, la abro.

Un pequeño ramo de flores de lavanda.

Mis piernas se vuelven gelatina.

Las flores resbalan de mis manos.

Lágrimas comienzan a caer calientes y pesadas.

Allí, en el suelo, el mismo arreglo floral que un día como hoy, cinco años atrás, adornaba mis manos mientras daba el *sí* y le juraba amor eterno al más salvaje de los monstruos.

Corro en busca de mi celular y vuelvo a mirar por la mirilla mientras espero a que mi hermano responda.

Uno.

El pasillo vacío.

Dos.

Mi cabeza da vueltas.

Tres.

—Isabelle, ¿cómo estás?

—Creo que empezó otra vez.

SU SOMBRA

Gael

Su sangre entibia mis manos, siento cómo sus latidos se debilitan. Es mi propio corazón el que está muriendo esta noche.

—No hables. Voy a conseguir ayuda, todo va a estar bien.

Su esencia mancha la sonrisa que intenta regalarme, noto cómo el pánico humedece sus ojos.

Una explosión hace vibrar la tierra y cubro su cuerpo con el mío.

—Está bien —susurra, con su último aliento, intentando aferrarse a mi chaleco antibalas—. Yo elegí esto, yo elegí... Eres un buen hombre. Buen hombre. Cuídalas.

El sonido se filtra en la pesadilla mostrándome un destello de realidad. Me aferro a él porque necesito despertar. Agarro el celular antes de que suene el segundo tono y me apoyo en el respaldo de la cama. Odio tener el sueño tan liviano.

Odio las putas pesadillas.

—Diga.

—Tengo un trabajo para ti.

—¿Estella? —Miro de reojo el reloj despertador sobre la mesa de luz, me limpio el sudor con la camiseta—. Son las dos de la mañana.

—En la agencia no hay horarios, Gael. ¿Tienes tu computadora encendida?

Resoplo, me levanto.

—No, estaba durmiendo como una persona normal. Dame un minuto.

—Los dos sabemos que no eres una persona normal.

Me siento en el escritorio, enciendo la *notebook*.

—Ponme al tanto.

La escucho tipear con rapidez.

—Isabelle Brown, mejor conocida como Isabelle Jones, se hace llamar Kalie desde que se mudó de Oxfordshire al centro de Londres hace tres años. Exesposa de Aaron Jones, el famoso Pecador de Oxford, asesino serial y líder de culto que cumple cadena perpetua en el sudeste de Inglaterra, en el condado de Surrey, específicamente —informa y mi sangre se congela—. Estoy enviándote su expediente ahora mismo. Para resumir, la doctora Brown recibió un misterioso paquete en su casa. Está segura de que se trata del señor Jones por el contenido del mismo, un ramo de lavanda, las flores que vistieron su boda —dice con profesionalismo y energía—. Cree que es una especie de mensaje, que está intentando contactar con ella otra vez a través de sus fanáticos. El señor Nicholas Brown, hermano de la señorita Isabelle, contactó a la agencia hace media hora y quiere a mi mejor hombre para que sea la sombra de su hermana hasta que la situación se aclare.

«Isabelle Brown. Aaron Jones. Nicholas Brown».

Hay un zumbido en mis oídos.

—¿De cuánto estamos hablando? —Finjo sopesarlo.

—Millones, quizá, dependiendo del tiempo que necesiten tus servicios. Podrías terminar con este caso y tomarte un año sabático para recorrer el mundo, Gael; aun así, te sobraría dinero.

«Isabelle Brown. Aaron Jones. Nicholas Brown».

—Acabo de recibir el expediente. Déjame analizarlo y te llamo.

—No hay tiempo, el señor Brown quiere un guardaespaldas esta misma madrugada.

—¿Ahora?

—Ahora.

Me paso la mano por el pelo corto y oscuro. Hay arena en mi garganta, hielo en mis venas y una indecisión punzante.

—Envíame la dirección. Estaré allí apenas termine de leer el informe.

—Eres nuestro muchacho de oro, Gael. Nicholas es de nuestros clientes más importantes, haz quedar bien a la agencia.

Suspiro.

—Como siempre. Descansa, Estella, antes de que empiece a pensar que eres un robot.

Desliza una risa escueta antes de cortar.

Estudio la pantalla del portátil.

«Isabelle Brown, psiquiatra, 27 años, divorciada. Actualmente reside en Londres, tiene su propio consultorio y responde al nombre de Kalie».

Continúo leyendo en zigzag, saltando la información que puedo recitar de memoria, mirando las fotos que acompañan el informe.

«Círculo íntimo: Nicholas Brown (hermano), Madison Ferris (mejor amiga y asistente), Matthew O'Connor (interés amoroso de los últimos seis meses), doctor Francis (su psicoanalista)».

«Situación en revisión». «Posible riesgo de vida». «Solicitud de seguridad las 24 horas».

Suspiro, me levanto y camino mientras intento pensar con claridad.

«Isabelle Brown».

Me acerco al vestidor en busca de un traje, me visto, pongo la *Glock* 17 en la funda de mi cinturón, guardo el teléfono en el bolsillo, apago la computadora, la meto en el maletín y salgo de la habitación. Me detengo frente a su cuarto, abro la puerta despacio, lo observo dormir. Suspiro y entro.

—Tyler. —Acaricio su pelo lacio y sedoso—. Ty, despierta. Campeón, vamos.

Sus ojos claros se abren adormilados.

—Voy a llevarte a casa de la abuela, ¿sí?

Se sienta, restregándose los ojos mientras abro su ropero y busco un abrigo.

—¿Tienes que trabajar otra vez?

—Sí. —Lo ayudo a abrigarse y ponerse los zapatos—. Lo lamento, campeón. Te prometo que haremos lo que quieras cuando termine con este cliente, ¿de acuerdo?

Asiente, se guarda los reproches como lo hace desde que tiene uso de razón. En sus siete años de vida no me reprochó ni una ausencia, y fueron muchas. Es demasiado bueno conmigo, siempre lo fue.

—Vamos.

Lo alzo, a pesar de sus quejas.

—Ya no soy un bebé.

—Mala suerte, siempre serás un bebé para mí.

Quince minutos después estoy acostando a Tyler en la habitación de mi madre.

—¿Este trabajo será como el último? —pregunta mamá cuando cierro la puerta.

El último. El último me dejó una bala en el hombro, otra en la pierna y seis meses de inactividad.

—Todos pueden ser como el último, mamá. Aunque no te guste escucharlo, en eso consiste mi trabajo.

—Casi prefiero los días en que estabas en el ejército... Este trabajo hace que el otro parezca más seguro.

Acaricio su mejilla ligeramente arrugada, observo sus ojos marrones, a tono con su cabello.

—Sé cuidarme, no te preocupes. —Abrazo su pequeño cuerpo como si fuera la última vez, porque puede serlo. Siempre puede ser la última vez, y eso es lo que más me duele al irme—. Requieren mis servicios las veinticuatro horas. Es probable que no pueda venir por Tyler hasta que me den un día libre, pero llamaré todos los días. Mi teléfono está siempre libre para ti, ¿de acuerdo? A toda hora.

Asiente, ya conoce la rutina.

—Cuidate, cariño. Te amo.

—Lo haré, mamá. —Beso su cabeza—. Gracias. También te amo.



Bajo del auto con el maletín y el bolso con ropa y productos de aseo personal que siempre guardo en el baúl para ocasiones como esta. Cruzo la calle, toco el timbre y me anuncio. Cinco minutos y veintiocho segundos después, Nicholas Brown, uno de los políticos y magnates más influyentes del momento, abre la puerta. Esta vez no va acompañado de su equipo de seguridad y eso llama mi atención.

—Señor Brown. —Tiendo mi mano derecha—. Soy Gael Evans, me envía Estella Dufort.

—Excelente —dice, aceptando el saludo con un fuerte apretón pero sin dejarme pasar—. ¿Puedo ver su identificación?

—Por supuesto.

Busco en el bolsillo interno de mi traje negro, saco mi identifica-

ción y mi carné de la agencia. Brown lo observa con detenimiento antes de devolvérmelo.

—Pase.

La recepción es lujosa, pero nada exótico. Subimos al ascensor y marca el sexto piso.

—Evans, necesito que no se despegue de mi hermana hasta que la policía y el MI6 aclaren esta situación —dice, desabrochándose algunos botones de la camisa celeste—. Su rutina es ir del consultorio al departamento, en ocasiones sale a tomar una copa con algún colega o con su amiga, pero no mucho más. Necesito que pise sus talones, no podemos tomar ningún riesgo. Entre al baño con ella si es necesario. ¿Soy claro?

Asiento.

—Entendido, señor.

—Estupendo. —Me mira de reajo, se endereza—. La señora Dufort me dijo que es su mejor hombre, espero que sea cierto.

La puerta se abre y sale. Lo sigo a la vez que escudriño el lugar.

—Es el único departamento ocupado de este piso. Alquilo los demás para que nadie la moleste, pero Isabelle no lo sabe; no me dejaría hacerlo.

Anoto el dato mentalmente.

—El informe menciona que el conserje no tiene conocimiento del paquete que le llegó a la señorita Brown, ¿cómo podemos estar seguros?

—Fue interrogado por la policía hace —mira su carísimo reloj— alrededor de una hora. Creen que dice la verdad y...

—¿Y?

—Isabelle dice que es confiable. Pero, sabrá entenderme, Evans, nadie es confiable ahora mismo. Y espero que usted opine igual que yo y desconfíe hasta de mí.

Alzo una ceja.

—¿Tengo que desconfiar de usted, señor Brown?

—Es una manera figurada de hablar, pero me gusta esa mirada de lobo hambriento, Evans.

Abre la puerta, paso detrás de él y el parloteo se detiene al instante. Todos los ojos están puestos en mí. Escaneo la habitación, poniéndoles nombres a las caras. Agentes de la policía que no logro reconocer,

dos hombres de la seguridad privada de Nicholas, Madison, García e Isabelle. Mi mirada se detiene al toparse con esos ojos verdes, ese cabello que ya no es largo ni negro, sino corto y rubio.

—¿Nick? —dice sin dejar de mirarme—. ¿Quién es... este hombre?

—Kalie, el señor Evans es uno de los mejores hombres de la agencia que se encarga de mi seguridad. Es francotirador, se especializó en secuestros, rescates y...

—¿Estás insinuando que van a secuestrarme?

Permanezco en silencio un minuto más. Solo uno.

—No estoy insinuando nada, estoy asegurando que no voy a tomar ningún riesgo contigo. No voy a permitir que ese hijo de puta o cualquiera de los enfermos de sus seguidores te toque un solo pelo.

La joven Brown cierra los ojos, suspira.

—Nick, puedo quedarme en tu casa hasta que todo se aclare. Esto... ¿Realmente necesito un guardaespaldas?

—Aunque te quedaras conmigo, tendrías a cualquiera de mis hombres vigilándote. Tu seguridad no se discute.

Doy un paso al frente, acercándome al sofá donde Isabelle permanece acurrucada bajo una manta. Extiendo mi mano, la rubia me observa.

—Gael Evans —me presento—. A partir de este momento, doctora Brown, soy su sombra.

MIENTRAS ESTÉ CONMIGO

Isabelle

La esencia de su voz grave se aferra a las paredes dejando un eco interesante.

Le sostengo la mirada, jamás vi unos ojos de un azul tan intenso.

—*Kalie Brown*. —Acepto su mano y la aprieto con firmeza—. Le doy la bienvenida a mi aburrida vida, Evans.

Madison, mi mejor amiga y asistente, suelta una risita y se disculpa.

—Algo me dice que no estaría aquí si fuera tan aburrida, doctora.

Pasa de largo, deja su maletín y su bolso sobre la isla de la cocina, y comienza a hablar con la policía y los agentes.

—¿Es muy necesario, Nick? —pregunto cuando se sienta a mi lado—. Preferiría armar una valija pequeña e irme contigo hasta que todo... termine o se aclare. Además, ¿cómo sabemos que podemos confiar en él?

Hay consternación en los ojos verdes de mi hermano. Ayer era un hombre de cuarenta años exitoso y vital, hoy el temor lo envejece.

—Isa —mi nombre es un susurro prohibido—, tengo que asistir a la apertura del nuevo hospital en el que estuvimos trabajando. El viaje está programado para dentro de dos días, no puedo faltar. —Suspira, agarra mis manos—. Insisto. Aunque te llevara conmigo, tendrías a uno de mis hombres pegado a ti las veinticuatro horas. Y sí, podemos confiar en él. Ese hombre es uno de los mejores agentes del país.

Suspiro y asiento. Entiendo que solo quiere lo mejor para mí, acepto que Gael Evans es lo que necesito ahora mismo, por más incómodo que pueda resultar.

—Isa y Nick, ¿recuerdas? Solo los dos, en todo, para siempre. No voy a permitir que nada te pase esta vez.

Me refugio en sus brazos y dejo que me consuele como si aún tuviera doce años.

«Isa y Nick. En todo. Para siempre».

—Estarás bien. —Besa mi cabeza—. Aclaremos este asunto rápido. Confía en la policía, Isa. Aaron está encerrado, se pudre en una celda. Tiene que ser alguna broma de mal gusto...

—O la obra de alguno de sus fanáticos.

—Isa...

Busca mi mirada, pero no puedo ver el terror en sus ojos. No puedo permitir que vea su reflejo en los míos.

—Sabes que los tiene, Nick. —Mis párpados se cierran, aprieto la mejilla contra su pecho—. Cientos de ellos. Van a visitarlo a la cárcel, le envían cartas, hay foros en Internet... Son ellos, lo sé. Es él. Otra vez, es él.

Cada palabra que sale de mi boca acelera el ritmo de su corazón.

—No te adelantes, Isa. Sabes que puede ser una broma, no sería la primera vez. —Calla. Sé que intenta creer en su propia voz—. Necesito que mantengas la calma, ¿puedes hacerlo?

Asiento, inhalo su aroma. Mi hermano, mi hogar.

—Señorita Brown, no quiero molestarla, pero ¿ya puedo retirarme?

Miro al pobre García en pijama y medio dormido.

—Claro que sí, García. Lamento que lo hayan despertado.

Niega.

—No es molestia, señorita. No sé lo que está pasando, pero espero se solucione pronto. Cuente conmigo si vuelve a necesitar me.

Le regalo una sonrisa cansada.

—Gracias, García. Descanse.

Me devuelve el gesto y se acerca a la puerta, pero una voz lo detiene.

—Me gustaría hablar un momento con usted, señor García, a solas.

Miro a Gael cruzar la sala, me levanto.

—La policía ya habló con García, Evans.

Me observa con el semblante rígido, inexpresivo.

—Yo no soy la policía, doctora Brown. Déjeme hacer mi trabajo.

Su orden tensiona mis músculos.

Esto no va a ser nada fácil.

«Lo necesitas, te mantendrá segura».

Vuelvo a poner mi atención en el encargado del edificio.

—Lo lamento —me disculpo por milésima vez.

—No se preocupe, señorita, todo está bien.

Evans abre la puerta y espera a que el conserje salga. Ambos desaparecen.

—García no tiene nada que ver con esto, Nicholas, lo conozco desde hace tres años. Es un hombre excelente, cría a sus nietos, él no...

—Deja que Evans y la policía hagan su trabajo, Isa. Es natural que sea el principal sospechoso al ser el encargado del lugar. Él lo sabe, sabe que tiene que cooperar para desvincularse.

Me paso las manos por la cara, estoy exhausta.

—Belle, ¿por qué no te acuestas? —Madison me acaricia la espalda—. Necesitas descansar. ¿Quieres que llame a tus pacientes para cancelar las sesiones de mañana?

Niego.

—Necesito trabajar. Voy a volverme loca si no mantengo la cabeza ocupada. —Estiro la mano, busco su contacto y el marrón cálido en su mirada—. ¿Te quedas conmigo esta noche? Mañana vamos juntas al consultorio. Por favor, no quiero... —miro la puerta como si pudiera ver detrás de ella a Gael interrogando al pobre García— dormir sola sabiendo que él... está aquí. No hoy, no lo conozco.

Madie asiente, me abraza.

—Claro que sí. Esta noche y todas las que quieras. Sabes que estoy aquí.

Hundo la nariz en su cuello, adoro el olor a coco de su piel morena y su cabello enrulado. Me gusta memorizar los aromas de la gente, descomponer cada nota. El olfato está ligado a la memoria, los recuerdos tienen esencia y perfumes.

La puerta se abre, Gael entra y va directo a la cocina. Lo observo hablar con mi hermano.

—Por lo menos te tocó un guardaespaldas que parece un galán de cine, piensa que podrías pasar las veinticuatro horas del día pegada al simpático Rodríguez. —Señala al hombre calvo y con ligero sobre peso que se encarga de la seguridad de mi hermano desde que se metió en el mundo de la política.

—Mad...

—¿Qué? —Me sonrío, todavía apretujándome—. Solo señalo los hechos. ¿Viste ese cuerpo? ¿Es altura? ¿Esa mandíbula? ¿Esos ojos? ¿Ese rostro? —susurra—. Ya que debes tener una sombra, mejor que sea la de un Adonis.

Me apoyo en su pecho, siempre fue la más alta de las dos. Observo a Evans y a Nick, ambos conversando con el semblante serio.

—Solo tú podrías pensar en algo como eso en este momento, Madie.

—Solo quiero distraerte, Belle.

Se lo agradezco en silencio y la abrazo hasta que el agente Clarkson se acerca.

—Señorita Brown, puede descansar tranquila. Vamos a retirarnos, pero dejaremos una patrulla en la puerta a disposición del señor Evans. —Me da su tarjeta como si ya no tuviera media docena—. Cualquier cosa extraña que vea, escuche o presienta, me llama. ¿De acuerdo?

Asiento.

—¿Está seguro? —El ceño del agente se frunce—. ¿Él está...?

—Recibí la confirmación hace minutos, no hubo ningún intento de fuga en la prisión. Jones está en su celda.

Inhalo profundo, mi pecho se endurece. ¿Por qué sus palabras no me relajan?

—Gracias.

Asiente.

—Analizaremos el paquete y las flores, y nos pondremos en contacto con usted en cuanto tengamos algo.

—Gracias —dice Madie por mí, pasándome el brazo por encima de los hombros.

Uno a uno, los agentes de la policía abandonan mi hogar, devolviéndome el silencio.

Mi hermano se acerca y me abraza.

—Mi teléfono estará a mi lado en todo momento, puedes llamarme a la hora que sea. Confía en Evans y haz todo lo que diga, Isa. Ese hombre es una máquina de matar —casi susurra—, nadie va a tocarte un pelo mientras estés a su lado.

—¿Una máquina de matar? ¿Eso debería tranquilizarme?

Suspira.

—En este momento, sí.

Dejo que sus brazos me consuelen un rato más, escucho todas sus

sugerencias y le prometo que seré precavida antes de verlo desaparecer junto a sus hombres.

Miro alrededor sintiéndome... vacía, jamás pensé que me tocaría experimentar esto.

Gael abre su maletín, saca una computadora portátil, un cuaderno negro y tres celulares. Acomoda todo sobre la isla de la cocina con precisión, asegurándose de alinear los objetos, midiendo mentalmente las distancias.

«Primera nota mental: Gael Evans. ¿Trastorno Obsesivo Compulsivo? Observar».

—¿Quieres té, Belle?

Me acerco a Madie, que busca tazas y enciende el fuego.

—Sí, gracias.

—Gael, ¿quieres té? —lo tutea sin vergüenza.

—No, señorita Ferris. Gracias.

—Así que sabe mi apellido... —Mad me sonríe y vuelve a su tarea.

—Está en el expediente —responde sin más detalles.

—¿El expediente? —Me acerco a la isla bajo su mirada atenta.

—¿Qué más dice el expediente? —curioseas Madie.

—Es confidencial. —Se desabrocha el saco, dejando a la vista la camisa blanca que se tensa sobre su abdomen plano—. ¿Podría mostrarme el departamento, doctora?

—No hay mucho más que esto y mi habitación...

Gira su cuello haciéndolo tronar.

—Necesito conocer cada cuarto, cada recoveco, ver hacia dónde da cada ventana.

Estudio su altura, la postura dominante, sus movimientos rígidos y calculados. El ejército dejó su impronta en este hombre.

—Sígame.

La suela de sus zapatos hace un ruido odioso cuando regresamos al *living*. Señalo los ventanales.

—Estas ventanas dan a...

—Una avenida principal. Hay una cafetería, un restaurante, un gimnasio y una estación de subte. Vive en una zona muy ajetreada, doctora Brown.

Alzo una ceja, lo observo.

—Dígame, Evans, ¿eso es bueno o malo?

Su mirada penetrante barre la sala hasta posarse de nuevo en mí.

—Eso es un arma de doble filo.

Enderezo la espalda, me cierro el cárdigan y, abrazándome, cruzo el *living*.

Sus irritantes mocasines me siguen.

—El baño —señalo la puerta a la izquierda, luego la de la derecha— y mi habitación.

Gael entra al pequeño baño, inspecciona el ventiluz. Sale, contempla el pasillo como si lo estuviera midiendo mientras se rasca la barba corta y perfecta.

—¿Podría invitarme a su habitación, doctora?

—¿Invitar? Interesante elección de vocabulario, Evans.

Abro la puerta, lo invito con un gesto.

—Gracias.

Cuando pasa a mi lado su perfume despierta mis sentidos. Madera, menta y algo más. Es la típica mezcla masculina y, a la vez, es un aroma nuevo.

Inspecciona las ventanas que dan a un parque para mascotas, gira, observa los muebles y los objetos como si buscara algo. Mira debajo de la cama, debajo del escritorio y la mesa de luz.

—¿Puedo abrir su armario?

—Mi...

Suspiro, asiento.

Abre el ropero empotrado, corre las perchas y da golpecitos en el fondo en distintos lugares. Cuando está satisfecho, lo cierra.

—Tendrá que dormir en el sofá. Lamento no tener un cuarto extra.

—Dormí en lugares peores, no se preocupe —asegura y sale del cuarto.

Me quedo procesando su comportamiento hasta que Madie entra con una taza en cada mano.

—¿Todo bien con el señor *Es confidencial*?

Asiento, acepto el té caliente y me siento en la cama.

—Belle, sé que es mucho pedir, pero deberías mantener la calma. Es solo un...

—Un ramo de flores idéntico al que usé en mi boda —la interrumpo—. Un ramo de flores que Aaron hizo con sus propias manos para mí. Es él, Mad. Sé que es él. Está cumpliendo su promesa, no va a

dejar que lo olvide. Esta reja no va a separarnos —repito sus palabras y mi piel se eriza.

Madison se sienta a mi lado, dejamos el té y nos acurrucamos en el centro de la cama. Su voz dulce intenta contagiarme su positividad. Por un segundo creo que lo consigo, pensar que todo esto no es más que una broma de mal gusto, pero Mad se queda dormida y el silencio y la oscuridad me envuelven.

Es imposible olvidarlo.

«Esta reja no va a separarnos, Isabelle. Nos pertenecemos hasta el final de los tiempos».



Son las cinco de la mañana, en tres horas tengo que estar en el consultorio con la cabeza fresca para el primer paciente.

Observo el perfil dormido de Madison. Ojalá pudiera entregarme a los sueños así, con tanta paz. Ojalá tuviera su personalidad, radiante y positiva. Ojalá tuviera su familia, completa y sana. Ojalá tuviera un novio como el suyo, dispuesto a sacarle sonrisas cada día. Ojalá tuviera su vida, simple, armónica, libre de sangre y dolor.

Me levanto y, con pasos mudos, salgo de la habitación. Recorro el oscuro pasillo y me detengo al llegar al salón.

Gael... Gael Evans duerme sobre el sillón. Lo contemplo, vestido de pies a cabeza, las manos cruzadas sobre el abdomen y el gesto relajado.

Para ser el mejor hombre de la agencia de seguridad, luce demasiado joven. Treinta y tantos, ¿tal vez? No creo que la experiencia esté necesariamente ligada a la edad, pero...

—¿Necesita algo, doctora?

Su voz me sobresalta y me golpeo el dedo pequeño del pie con un mueble. Maldigo en silencio.

—¿Está bien? —pregunta, con los ojos aún cerrados—. Estos muebles que se cambian de lugar...

—¿Se está burlando de mí, Evans?

El sillón se queja cuando se levanta y se dirige hacia mí. Si la oscuridad no fuera casi total, juraría que hay una sonrisa en su boca.

—¿No puede dormir, doctora?

Me enderezo e intento controlar la punzada de dolor que incinera mi pie.

—Puede llamarme Isabelle. Pero soy Kalie cuando estamos en público. —Niego—. Estoy... No importa.

Sus ojos azules parecen piedras negras mientras me escanea con detenimiento.

—Sé que puede resultar incómodo tener a un completo desconocido durmiendo en su casa, créame, lo entiendo. —Da un paso al frente; yo, uno atrás—. Pero no me tenga miedo, doctora. No a mí. No olvide que voy a dar mi vida por usted si es necesario.

Trago.

Mi corazón galopa.

—No le tengo miedo, Evans.

La intensidad de su mirada repara en mis labios antes de llegar a mis ojos.

—Excelente. Ahora intente descansar. Nadie le tocará un solo pelo mientras esté conmigo.

Silencio. No hay más palabras, solo miradas capaces de incendiar bosques.

Giro, vuelvo a la habitación olvidando por completo para qué salí.

«No olvide que voy a dar mi vida por usted si es necesario». «Nadie le tocará un solo pelo mientras esté conmigo». «No puede hacerte daño, Belle. Ya no puede hacerle daño a nadie».

Apoyo la cabeza en la puerta.

—Respira —me susurro.

Respiro, aferrándome a aquellas frases que se repiten una y otra vez en mi cabeza, pero la verdad es implacable. Lo siento, lo sé.

Ni siquiera una cárcel de máxima seguridad puede detener a El pecador de Oxford.

Pasión. Lo que nos mueve es la pasión. Somos seres pasionales, deliciosamente primitivos.

Pasión por los sueños, por la música, por el arte. Pasión por el crecimiento, por el saber. Pasión por el amor. Pasión por la ambición y el éxito. Pasión por la risa, por el llanto. Pasión por la carne, la piel y el sudor. Pasión por la sangre que nos une. Pasión por la pasión.

Pasión es lo que me llevó a mirarte, Isabelle. La pasión en tu voz, en tu forma de hablar, en tus gestos hizo que mi atención se desviara de la estúpida fiesta llena de universitarios borrachos y engreídos para posarse en ti. En tu cabello largo, ondulado y castaño, en tus ojos de esmeralda, en tus labios llenos y rosados que modulaban sin cesar, en tu cuerpo esbelto y sano. Pasión es lo que hizo que la música desapareciera y solo quedara tu voz. Pasión es lo que agudizó mis sentidos y me permitió contemplarte.

Isabelle. Eso gritó alguien en medio del caos de hormonas y estupidez. Pensé que era un nombre poderoso y seductor. Isabelle, no Emily, Lily o Jessica. Isabelle, la que ama a Dios. El significado de tu nombre erizó mi piel.

¿Coincidencia o destino? Me gusta creer que fue una mezcla de los dos.

Te miré, te escuché, te adoré, hasta que tus ojos se encontraron con los míos. Una sonrisa empática curvó tus preciosos labios, desarmándome. Qué sé yo de empatía, dirás... Sé que la empatía es sinónimo de tu nombre, Isabelle. Sé que la empatía perlabo tu piel. Me acerqué, tu perfume me acarició y me rendí a tus pies aún sin conocerte. Eras una obra de arte pura y explosiva y yo, un coleccionista hambriento. Me presenté, te presentaste con una sonrisa aún más grande. Elogié

tu nombre y tu discurso sobre ecología y concientización, ese que escuché sin disimulo. Me brindaste más datos y estadísticas que devoré con la misma pasión con la que hablabas. No dejé de mirar tus ojos, no parpadeé, me nutrí con tu belleza y tu intelecto hasta que me preguntaste qué estudiaba. Te dije que era profesor de Teología y acababa de finalizar un estudio de posgrado, también que pensaba largarme de Oxford cuando las vacaciones llegaran a su fin. Eras atea, Isabelle, y nada me sedujo más que la posibilidad de un rico intercambio de ideas.

Te sorprendió mi edad, un treintañero entre tantos espíritus que no pasaban las dos décadas, incluida tú. Me dijiste que vivías con tu hermano, pero te habías mudado al campus. Tu carrera recién comenzaba, el primer año para licenciarte en Psicología. Psicología... ¿Me entenderías, Isabelle? Si te lo contaba todo, si abría mi mente y mi corazón para ti, ¿me habrías comprendido? No. Habrías temido. Miedo genuino y angustiante, el mismo que me tuve desde que lo sentí por primera vez.

Hablamos hasta estar sedientos, bebimos, bailamos e hicimos el ridículo. ¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas qué sentiste aquella noche? Yo sí. Ni la muerte podrá arrancarme el calor del momento. Te susurré al oído que era un pésimo bailarín con piernas de madera, te reíste y dijiste: Y yo soy una pésima cocinera, capaz de incendiar la casa calentando comida precocida en el microondas. Tomé clases de cocina y jamás conseguí nada decente. Pero no me avergüenzo, acepto mi naturaleza. Acepta tu naturaleza, Aaron.

Fue en ese instante cuando lo supe, tú eras mi respuesta.

AJ